

El baúl de mi abuelo Chuíto el de Bayamón

PUNTO DE VISTA



Violeta Sánchez Nieves

Nieta de Chuíto el de Bayamón

Lo último que escuché pronunciar a mi abuelo fue mi nombre. Siete letras que se atropellaron en mis tímpanos, alojándose en tristeza por su partida. Poco a poco, su música y su voz grabada en los discos de vinil fueron lubricante sanador para mis oídos. Cuarenta y cuatro años después, me remonto a aquel lugar sagrado de mis abuelos para honrarlos en gratitud y alegría. Los invito a que me acompañen a revivir mis memorias.

Cada espacio de la casona tenía su propio ritmo, su propia canción. El aire impregnado del olor de azucenas se entremezclaba en armonía perfecta con el humo dulce del tabaco de abuelo Chu. Los cánticos a Santa Bárbara bendita se abrazaban con esperanza al crucifijo campesino como manto de protección. El crujir del sillón sincopaba con los trazos del carbón del lápiz número dos al escribir en su libreta, marca Superior.

—¡Hablen bajito, no molesten al abuelo que está pensando! —nos decía mamá Petra mientras abuelo escribía.

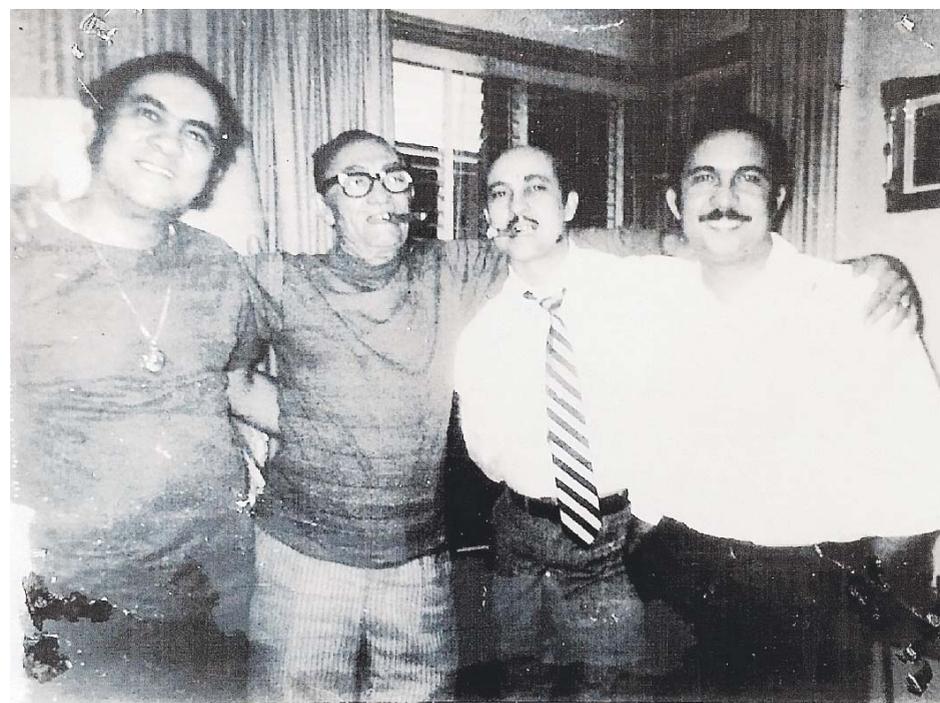
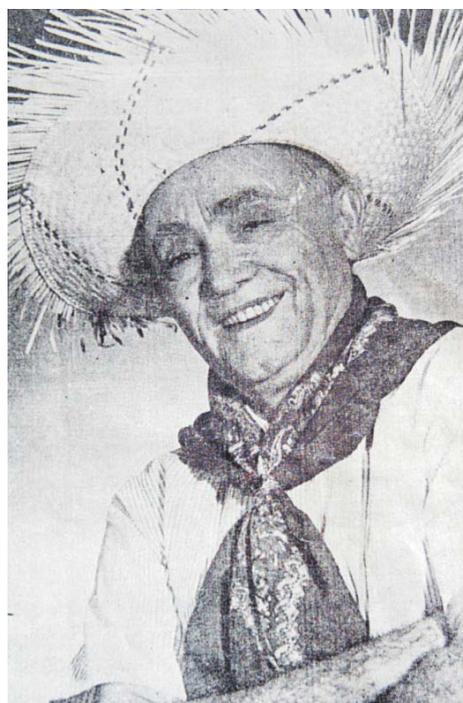
En mi memoria, puedo escuchar claramente las risas de mis primos y voces de mis tíos unidas a la música jibara, música de papá Dios, como le decía abuelo. Saltan a mis ojos los colores de los cuadros, tapices, manteles, premios, que se unían a la fiesta eterna que reinaba en ese hogar. Caminé por la habitación pequeña del lado de la cocina que conducía a su vez a otra habitación y a otra más. Laberinto que de pequeña recorrí mil veces con mis hermanos jugando al esconder. Podía escuchar la voz de mamá: —no rebusquen en las cosas de su abuelo. Pero siempre encontrábamos la oportunidad en que los adultos estuvieran distraídos para meter nuestras manitas entre las gavetas y armarios de los cuartos.

Sobre todo, el ropero de abuelo. Era un lugar mágico donde guardaba sus tesoros más importantes, su ropa para cantar y su viejo baúl. Tenía variedad de vestuarios, desde trajes muy elegantes hasta ropa típica del jibaro puertorriqueño, pavas, sombreros, pañuelos de colores para amarrarse al cuello con cinturones que le hacían juego, machetes de madera tallados y sus zapatos muy bien lustrados. Nos maquillábamos con su polvo de cara y colorete que mi abuela le ponía cuando iba a cantar. Nuestra imaginación volaba cuando nos disfrazábamos con todas aquellas gamas de tonalidades. ¡Ay, cómo recuerdo los tremendos regaños y co-



Al extremo izquierdo, Chuíto el de Bayamón junto con sus nietas (Violeta a la izquierda). Junto a estas líneas, en sus años de madurez.

Abajo, Chuíto el de Bayamón junto con sus hijos varones. Al extremo izquierdo, en una foto promocional.



cotazos que nos daban cuando nos cogían!

Frente a la casa había una tiendita de dulces, como en todos los barrios de pueblo. Nosotros sabíamos que él siempre tenía monedas en sus bolsillos. A veces, cuando se reclinaba en su sillón, se le caían algunas y nosotros, sin que se diera cuenta, las recogíamos.

—Abuelo, dame un menudito para comprar dulces. Él nos miraba serio y nos daba una peseta para mí y mis hermanos.

—Me traen la vuelta —sonreía en complicidad

con abuela.

Mi papá siempre nos llevaba a sus presentaciones artísticas. El proceso de verlo transformar de abuelo al artista siempre me maravillaba. Él era una persona bastante callada, siempre pensativo. Hasta que se subía al escenario y escuchaba a los músicos marcar su entrada. De ahí en adelante era un gozo verlo interpretar aquellas décimas que escribía y guardaba en su baúl, su mayor tesoro. En aquel entonces yo era muy pequeña para entender el significado del contenido de ese baúl: su vida y la de

los puertorriqueños escrita en verso. Con su vida y su poesía nos enseñó a enamorarnos de nuestra tierra. Hoy, abrimos su baúl para compartirlo con todos aquellos puertorriqueños que sientan por herencia sus coplas en el corazón.

Este año, la edición de la *Campechada del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, el 18 y 19 de febrero en Bayamón, estará inspirada en *Chuíto el de Bayamón*. El evento reunirá a cientos de artistas plásticos, artesanos, músicos y otras disciplinas en honor al decano de los cantores puertorriqueños.